

I



ERAN LAS CICA+RICES las que le hacían hermosa.

Nadie se molestó en darle nombre hasta que cumplió los dos años. Hasta entonces se tambaleaba entre las hogueras de los mercenarios, gorroneaba comida, mamaba de las tetas de las perras y se sentaba en el suelo; la llamaban Puerquita, Cara Sucia y Culo de Cenizas. Cuando el desvaído color castaño claro de su cabello se disolvió en un color rubio blanquecino, se quedó con Cenizas («Ashy»). En cuanto tuvo capacidad de hablar, dijo llamarse Ash.

Cuando Ash tenía ocho años, dos mercenarios la violaron.

No era virgen. Todos los huérfanos jugaban a acariciarse bajo las malolientes mantas de oveja y Ash tenía sus amigos, pero estos dos mercenarios no eran niños de ocho años, sino hombres adultos. Uno de ellos tuvo la cortesía de emborracharse antes de hacerlo.

Como la pequeña lloró después, el que no estaba borracho calentó la daga en la hoguera, le colocó la punta del cuchillo bajo el ojo y luego arrastró el arma por su mejilla describiendo una curva inclinada que casi le llegó a la oreja.

Al ver que seguía llorando, el hombre, malhumorado, le hizo otro tajo que le abrió la mejilla en una línea paralela al primer corte.

La niña se zafó de ellos de un empujón, todavía berreando. La sangre le corría por la mejilla a borbotones. Aún no era lo bastante grande, físicamente hablando, para utilizar una espada o un hacha, aunque ya había empezado a entrenarse, pero sí para coger la ballesta cargada del hombre (que por descuido habían dejado en la carreta para defender el perímetro), y disparar a bocajarro un virote al primero de ellos.

La tercera cicatriz le abrió la otra mejilla con toda pulcritud, pero fue una herida honesta, sin sadismo alguno. La daga del segundo hombre estaba intentando matarla de verdad.

La niña no podía amartillar sola la ballesta otra vez y no pensaba huir. Tanteó entre los restos destrozados del cuerpo del primer mercenario y, enterrando la navaja de este en la parte superior del muslo del segundo hombre, le perforó la femoral. El hombre se desangró en

cuestión de pocos minutos. Recordad que la pequeña ya había empezado a adiestrarse en la lucha.

La muerte no es algo extraño en los campamentos de mercenarios, pero aun así, que una chiquilla de ocho años matara a dos de los suyos fue algo que dio que pensar.

El primer recuerdo claro de verdad de Ash llegó con el día que la juzgaron. Había llovido durante la noche. El sol hacía que el vapor se elevara del campo y del bosque distante, y la luz dorada caía sesgada sobre las tiendas, las toscas chozas, los calderos, las carretas, las cabras, las lavanderas, las putas, los capitanes, los garañones y las banderas. Hacía resplandecer los colores de la compañía. La niña levantó la vista hacia la gran bandera con forma de cola de gorrión, con la cruz y la bestia encima, y saboreó el aire fresco en el rostro.

Un hombre con barba se agachó ante Ash para hablar con ella. Era menuda para sus ocho años. El hombre llevaba coraza. La niña se vio reflejada en el metal curvado y refulgente.

Su rostro de ojos grandes, estaba enmarcado por el cabello largo, plateado y astroso, y tenía tres cicatrices sin curar; dos le subían por la mejilla bajo el ojo izquierdo y tenía otra bajo el ojo derecho. Como las marcas tribales de los jinetes bárbaros del este.

Olía las hogueras de hierba y el estiércol de caballo, y el sudor del hombre de la coraza. El viento frío le ponía de gallina la carne de los brazos. De repente se vio como si estuviera fuera de todo: aquel hombre grande, con coraza, arrodillado delante de una niña pequeña con unos rizos blancos esparcidos por la espalda, unas calzas remendadas y envuelta en un jubón harapiento demasiado grande para ella. Descalza, con unos ojos enormes, herida; llevaba un cuchillo de caza roto convertido en daga.

Fue la primera vez que vio que era hermosa.

La sangre se le agolpaba en los oídos de pura frustración. No se le ocurría qué utilidad podía tener aquella belleza.

El barbudo, el capitán de la compañía, dijo:

—¿Viven tu padre o tu madre?

—No lo sé. Uno de ellos podría ser mi padre. —Señaló al azar a los hombres que reparaban virotes y pulían yelmos—. Nadie dice quién es mi madre.

Un hombre mucho más delgado se inclinó al lado del capitán y dijo en voz baja.

—Uno de los muertos fue lo bastante estúpido como para dejar una ballesta preparada con un virote dentro. Eso es un delito. En cuanto a la niña, las lavanderas dicen que no es doncella pero según ellas tampoco es una puta.

—Si ya es lo bastante mayor para matar —gruñó el capitán a través del cabello cobrizo y nervudo—, es lo bastante mayor para sufrir el

castigo. Es decir, que la azoten en el cabo de la carreta por todo el campamento.

—Me llamo Ash —dijo con una vocecilla clara y sonora—. Me hicieron daño y los maté. Si alguien más me hace daño, también lo mataré. Te mataré a ti.

Recibió la azotaina que cabía esperar, con algo de propina por su insolencia y por cuestiones de disciplina. No lloró. Después, uno de los ballesteros le regaló una cota de malla cortada, un justillo de tela forrada a modo de armadura y la niña, ataviada de aquella guisa durante las prácticas de armas, se ejercitó con devoción. Durante un mes o dos fingió que el ballestero era su padre hasta que quedó claro que aquella amabilidad había sido un impulso momentáneo.

Algún tiempo después, cuando contaba nueve años, se extendieron rumores por el campamento: había nacido un león de una Virgen.

II



LA PEQUEÑA ASH se sentó con la espalda apoyada en el árbol desnudo, jaleando a los cómicos. Las pieles le protegían un poco el trasero del hielo del suelo.

Las cicatrices no estaban sanando demasiado bien. Destacaban en tono rojo contra la extrema palidez de su piel. El aliento le surgía visible y ensortijado de la boca cuando gritaba, al unísono con todos los huérfanos y los bastardos del campamento. La Gran Sierpe (un hombre con una piel de caballo curtida echada a la espalda y un cráneo de caballo atado con cuerdas a la cabeza) cruzaba desenfrenado el escenario. La piel de caballo todavía tenía las crines y la cola, que se agitaban mecidas por el aire helado de la tarde. El Caballero de los Yermos (interpretado por un sargento de compañía con una armadura mejor de la que Ash pensaba que tenía) intentaba alcanzarlo con golpes de lanza, hábiles y amplios.

—Oh, mátalo —exclamó con tono desdenoso una niña a la que llamaban Cuervo.

—¡Méteselo por el culo! —bramó Ash. Los niños apiñados alrededor del árbol lanzaron gritos de alegría y desdén.

Richard, un niño de pelo negro con manchas de oporto por la cara, susurró:

—Tendrá que morir. Ha nacido el león. Se lo he oído al señor capitán. La mueca de desprecio de Ash se desvaneció con la última frase.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cuándo, Richard? ¿Cuándo se lo oíste?

—A mediodía. Llevé agua a la tienda. —Había una nota de orgullo en la voz del muchachito.

Ash hizo caso omiso del estatus implícito de paje del niño, posó la nariz sobre los puños apretados y luego exhaló el hálito cálido sobre sus dedos congelados. La Sierpe y el sargento se enfrentaban en aquel momento con más vigor. Era por culpa del frío. Se levantó y se frotó con fuerza las posaderas entumecidas a través de las calzas de lana.

—¿Dónde vas, Ashy? —preguntó el niño.

—Voy a hacer aguas —anunció con arrogancia—. No puedes venir conmigo.

—Ni quiero.

—Aún no eres lo bastante mayor. —Y con este dardo de despedida, Ash salió de entre la multitud de chiquillos, cabras y perros.

El cielo estaba bajo, frío y del mismo color que los platos de peltre. Una bruma blanca subía del río. Si nevara, haría más calor. Ash anduvo sin ruido con los pies envueltos en tiras de tela hacia los edificios abandonados (seguramente granjas) que los oficiales de la compañía habían requisado para instalar los cuartos de invierno. Una desolada recolección de tiendas se había levantado en torno a ellos. Grupos de hombres armados se apiñaban alrededor de las fogatas, intentando calentarse el pecho y el culo en el suelo frío. La niña siguió su camino tras ellos.

Dio un rodeo hasta llegar a la parte de atrás de la granja y los oyó salir del edificio justo a tiempo de agacharse tras un barril del que sobresalía toda una mano de lluvia congelada.

—E id a pie —terminaba en ese momento el capitán. Un grupo de hombres salía con él al patio entre ruidos metálicos. El delgado escribano de la compañía; dos de los lugartenientes más allegados al capitán; los pocos que Ash sabía que afirmaban provenir (en otros tiempos) de noble cuna.

El capitán lucía una cobertura de acero apretada que le envolvía todo el cuerpo. El arnés completo: desde las hombreras y el peto que le protegían los hombros y el cuerpo, pasando por los brazaes en los brazos, los guanteletes, las musleras, quijotes y grebas que le blindaban las piernas, hasta los escarpes de metal que le cubrían las botas con espuelas. Llevaba un casco de tipo almete bajo el brazo. La luz invernal deslustraba el metal espejado. Se había detenido en medio de aquel patio inmundo con una armadura que reflejaba el color blanco del cielo: a la niña no se le había ocurrido hasta entonces que quizá por eso la llamaran «arnés blanco». La única nota de color provenía de la barba roja y del cuero rojo de la vaina de la espada.

Ash volvió a arrodillarse sobre los pies. Apoyó los dedos congelados en el barril helado, demasiado ateridos hasta para sentir las tablas de madera. Las placas de metal liadas y atadas con correas tableteaban a cada paso que daba el hombre. Cuando sus dos lugartenientes salieron al patio con un ruido seco, ataviados también con la armadura completa,

fue como si un montón de ollas traquetearan con un sonido ahogado. Como si volcara la carreta del cocinero.

Ash quería una armadura así. Y fue ese deseo, más que la curiosidad, lo que hizo que los siguiera y se alejara de los edificios de la granja. Poder caminar con semejante invulnerabilidad. Con esa cantidad de riqueza a la espalda... Ash echó a correr, aturdida.

El cielo se volvió de un color amarillento sobre su cabeza. Unos cuantos copos de nieve bajaron flotando hasta posarse sobre su cabello desaliñado (de un blanco menos puro), pero la niña no se dio ni cuenta. La nariz y las orejas le brillaban con un tono rojo brillante y tenía los dedos de las manos y de los pies azulados y violetas. Cosa que en ella no era extraño en invierno: no le daba mayor importancia. Ni siquiera se apretó el jubón sobre la mugrienta camisa de lino.

Los cuatro hombres, (el capitán, el escribano y los dos jóvenes lugartenientes), caminaban más adelante sumidos en un silencio muy poco habitual. Pasaron junto a los piquetes del campamento. Ash se escabulló por detrás mientras el capitán intercambiaba con ellos unas palabras.

La niña se preguntaba por qué no iban a caballo aquellos hombres. Subieron a pie una escarpada pendiente para alcanzar los bosques que rodeaban la zona. Al llegar al límite del bosque y enfrentarse a las ramas gruesas e inclinadas, las zarzas y los espinos, las brozas de leña seca que se habían ido levantando a lo largo de más años de los que dura la vida de un hombre, lo entendió. No se podía meter un caballo ahí. Ni siquiera un caballo de guerra.

Entonces tres de los hombres se detuvieron y se pusieron los almetes. El escribano, que no llevaba armadura, se retrasó un paso. Cada uno de los hombres dejó levantada la cimera, con el rostro a la vista. El más alto de los dos lugartenientes sacó la espada de la vaina. El capitán barbudo sacudió la cabeza.

El ruido que hizo el metal al deslizarse por la madera resonó en medio del silencio cuando el lugarteniente volvió a envainar la hoja.

El bosque no dijo nada.

Los tres hombres acorazados se volvieron hacia el escribano de la compañía. Este último, un hombre delgado, llevaba una brigantina recubierta de terciopelo y un gorro de guerra³ y el rostro descubierto estaba aterido bajo el aire helado. Ash se acercó a hurtadillas bajo la nieve.

El escribano se adentró en el bosque con aire seguro.

Ash no les había prestado mucha atención a las colinas que rodeaban el valle. El valle tenía un río limpio y la granja solitaria con todos sus

³ Un casco de acero de ala ancha idéntico al casco «Tommy» británico utilizado durante la 1ª Guerra Mundial, 1914-1918.

edificios. Era un buen lugar para pasar el invierno tras la temporada de campañas. ¿Qué más tendría que saber? Los bosques despojados de hojas de las altas colinas que los rodeaban estaban desprovistos de caza. Y si no era para cazar, ¿qué otras razones podrían llevarla hasta aquí, lejos del calor de las hogueras?

¿Qué razón podía llevarlos a ellos allí?

Había un camino, decidió después de unos minutos. Ninguna de las zarzas o los espinos que había allí la superaban en altura. Apenas llevaban unas estaciones sin hollarse.

Los hombres de las armaduras se abrieron camino sin daños a través de los escaramujos. El lugarteniente más bajo maldijo.

— ¡Por la sangre de Dios! —Y luego se calló al ver que los otros tres se daban la vuelta y lo miraban con fijeza. Ash se acurrucó bajo unos troncos de escaramujo tan gruesos como sus muñecas. Pequeña y rápida como era, podía haberlos adelantado con facilidad, con o sin armadura protectora, si hubiera sabido adónde llevaba aquel camino.

Con esa idea se desvió hacia un lado, culebreó sobre el vientre a lo largo del lecho de un arroyuelo congelado y salió cien pasos por delante del hombre que iba en cabeza.

No nevaba allí, bajo el dosel de árboles. Todo era marrón. Hojas muertas, escaramujos muertos, juncos muertos a la orilla del arroyo. Helechos marrones más adelante. Ash, al ver los helechos, levantó la vista y descubrió (como había esperado) que la cubierta vegetal que había encima estaba rota, como debía ser para permitir su crecimiento.

En el claro del bosque se levantaba una capilla de piedra en desuso, cubierta por una mortaja de nieve.

Ash no estaba demasiado familiarizada ni con el exterior ni con el interior de las capillas. Pero aun así, no cabe duda de que tendría que haber sabido mucho de arquitectura para reconocer el estilo con el que habían construido ésta. Ahora estaba en ruinas. Dos paredes cubiertas de musgo gris y espinas marrones permanecían en pie y el hielo viejo cubría como una costra la vegetación. Dos marcos de ventana recubiertas de nieve mostraban un vacío gris, lleno de invierno. Montones de escombros pulidos por la nieve se apiñaban en el suelo.

El color verde atrajo la atención de Ash. Bajo la delgada capa de nieve, los escombros estaban velados por la hiedra.

El color verde también florecía a los pies de los muros de la capilla. Dos gruesos acebos moldeados por la nieve hundían sus raíces allí donde la losa de piedra del altar se apoyaba en el muro, uno a cada lado de la losa agrietada. Bajo la nieve, el peso de las bayas rojas hundía las ramas.

Ash oyó un ruido de metales entrechocando a sus espaldas. Un petirrojo y un chochín se asustaron y salieron volando del acebo. Los hombres que había detrás de ella, en el bosque, empezaron a cantar. Estaban a unos quince pies de distancia, no más.

Ash salió disparada como un conejo y cruzó a saltos las ruinas. Se golpeó contra la nieve que se acumulaba al lado del muro y, como un gusano, se abrió camino bajo las ramas más bajas del acebo.

Dentro, el arbusto estaba hueco y seco. Las hojas marrones crujían bajo sus manos sucias. Las ramas negras sustentaban el dosel de hojas verdes y brillantes que había sobre su cabeza. Se echó boca abajo y reptó un poco más. Las hojas espinadas se le clavaron en el jubón de lana.

La niña se asomó entre las hojas. Estaba nevando.

El escribano delgado elevó una voz de tenor y cantó. Era un idioma que Ash no conocía. Los dos lugartenientes de la compañía cruzaron a trompicones el suelo irregular, también cantando, y Ash pensó que habría sonado mejor si se hubieran quitado los cascos en lugar de limitarse a subirse las cimeras.

El capitán surgió del lindero del bosque.

Se llevó los guanteletes a la barbilla y manoseó con torpeza la hebilla y la correa. Luego Ash lo vio enredar con el gancho y el alfiler. Se abrió el casco, se lo quitó y se quedó con la cabeza descubierta en el claro del bosque. Unos copos planos de nieve bajaban flotando y se acumulaban en su cabello, en la barba y en las orejas.

El capitán empezó a cantar.

Que Dios os dé descanso, caballeros, que nada os aflija:

En esta, la más oscura hora, el sol regresa; y así saludamos al día.

Tenía una voz sonora, cascada y no afinaba demasiado. El silencio del bosque se hizo añicos. Ash lloró con unas lágrimas repentinamente calientes. El capitán había elevado su bramido por encima del ruido de los hombres y los caballos; una poderosa ruina.

El escribano de la compañía se acercó al acebo en el que se había escondido Ash. La niña se obligó a quedarse quieta. Las lágrimas se secaron en sus mejillas cubiertas de cicatrices. El arte de estar escondido consiste en parte en permanecer total y completamente quieto. La otra parte es mentalizarte de que estás hundido en el suelo. *Soy un conejo, una rata, un espino, un árbol.* Enterró la boca en el cuello del jubón para que el aliento blanco no la delatara.

—Demos gracias —dijo el escribano. Colocó algo sobre el viejo altar. Ash estaba debajo y no podía verlo pero olía a carne cruda. La nieve se enredaba en el cabello del hombre. Le brillaban los ojos. A pesar del frío, las gotas de sudor le bajaban por la frente, bajo el ala del sombrero de metal. El resto de lo que dijo estaba en otro idioma.

El lugarteniente más alto chilló.

—¡Mirad! —Lo gritó tan alto que Ash se asustó y dio un respingo. Una rama agitada le tiró un puñado de nieve a la cara. Se la quitó de las pestañas con un parpadeo. *Ya me han descubierto,* pensó con tranquilidad,

sacó la cabeza al claro y se encontró con que ni siquiera estaban mirando en su dirección. Tenían los ojos clavados en el altar.

Los tres caballeros se arrodillaron sobre los escombros cubiertos de hiedra. Las armaduras arañaron el suelo y tintinearón. El capitán dejó caer los brazos a los lados y soltó el casco: Ash hizo una mueca al oír que golpeaba contra el suelo rocoso y luego rebotaba.

El escribano de la compañía se quitó el gorro de guerra en forma de plato y se hincó sobre una rodilla con singular elegancia.

Empezó a nevar más rápido, como un torbellino caído desde la blancura invisible del cielo hasta el claro. La nieve cubría la hiedra verde, las bayas rojas del acebo, se congelaba en los arcos marrones, largos y delgados, del espino. El resuello malhumorado de un gran animal bajó desde el altar de aquella capilla verde en ruinas. Ash contempló su blancura en el aire. El aliento animal la golpeó en la cara, cálido y húmedo.

Una gran zarpa bajó del altar de piedra.

El pelo de la zarpa era amarillo. Ash lo miró fijamente, a cinco centímetros de su rostro. Pelo amarillo. Pelo amarillo y basto, más pálido y suave en las raíces. Las garras de la bestia eran curvas y más largas que su propia mano, blancas con la punta transparente. Puntas de aguja.

La zarpa de un león pasó por la cara de Ash. El flanco oscureció el claro, el bosque, los hombres. La bestia se bajó del altar con un movimiento fluido. De un golpe echó hacia atrás la cabeza, cubierta de una espesa melena, y se tragó de un bocado la ofrenda que le habían dejado. La niña vio cómo se le movía la garganta, cómo tragaba.

Un rugido que más era una tos rompió el aire a treinta centímetros de ella.

Se meó en la entrepierna de las calzas de lana. La orina caliente humeó al entrar en contacto con el aire frío, le bajó por los muslos, fresca y húmeda y se enfrió al instante bajo el sople de nieve. Con los ojos muy abiertos, lo único que podía hacer era mirarlo fijamente, y ni siquiera era capaz de preguntarse por qué ninguno de los caballeros arrodillados se levantaba de un salto o sacaba la espada. La cabeza del león empezó a girar. Ash se arrodilló, paralizada.

El hocico arrugado del león se balanceó y penetró en el hueco que dejaban las hojas. Tenía una cara enorme. Los ojos amarillos, grandes, luminosos, de largas pestañas, parpadearon. La ahogó un fuerte olor a carroña, calor y arena. El león gruñó y vaciló un poco ante las ramas puntiagudas y cargadas de bayas. Los labios negros se retorcieron y dejaron al descubierto los dientes. Estiró la cabeza con cuidado y pellizcó el pecho del jubón de Ash entre dos incisivos.

El león levantó las ancas traseras. La cola fustigó el aire. La sacó del arbusto. Liviana como un niño, no supuso esfuerzo alguno para él, una niña enredada en hojas de acebo y zarzas, sacada de un tirón, vestida con

un jubón verde de lana y unas calzas azules y malolientes, dejada boca abajo sobre la hiedra y las rocas amortajadas por la nieve.

El segundo rugido la dejó sorda.

Ash estaba tan asustada que era incapaz de moverse. Trabó los brazos sobre la cabeza para taparse los oídos y rompió a llorar con lágrimas ruidosas que ni siquiera intentó suprimir.

Una lengua rugosa, tan gruesa como su pierna, le lamió un lado de la cara marcada.

Ash dejó de sollozar. Le escocía el rostro irritado. Poco a poco se puso de rodillas. El león la doblaba en altura. La niña se asomó a sus ojos dorados, a los bigotes que le cubrían el hocico, a los dientes blancos y curvados. Aquella lengua enorme bajó entre babas y le raspó la otra mejilla. Las cicatrices, aún sin curar del todo, palparon con fuerza. Se las tocó con unos dedos tan embotados e inertes como la madera. Un petirrojo que estaba en el muro de la capilla en ruinas empezó a cantar.

Era demasiado joven para tener semejante conciencia de sí misma, pero estaba completamente segura de que estaba experimentando dos reacciones independientes, inconfundibles y excluyentes entre sí. La parte de sí misma que era una niña de campamento militar, acostumbrada a las grandes fieras y a cazar en temporada, se quedó inmóvil: *no me ha tocado con las garras, estoy demasiado cerca para echar a correr, no debo sobresaltarlo*. Otra parte de sí misma le resultaba menos conocida. La llenó de una felicidad ardiente. Era incapaz de recordar las palabras o el idioma que había utilizado el escribano. Con su voz tan clara empezó a cantar el himno del capitán.

Que Dios os dé descanso, caballeros, que nada os aflija:

En esta la más oscura hora, el sol regresa; y así saludamos al día.

¡Marchamos hacia vuestra victoria, nuestros enemigos sumidos en la confusión!

Oh, su luminosidad nos trae un consuelo y alegría

Que nadie puede destruir:

Oh, su luminosidad nos trae consuelo y alegría.

El claro estaba en silencio cuando terminó. La niña no podía distinguir la diferencia entre la voz cascada del hombre y su propia pureza. No tenía edad suficiente para discernir entre la mala voz del hombre, que cantaba en plena madurez y el contorno desdibujado de su aliento, de sus pausas, que eran el reflejo de la rutina aprendida al lado de alguna hoguera.

Y mientras su alma joven cantaba, su mente gemía, *no, no*. Recordaba la caza de un leopardo, en otro tiempo, cerca de Urbino. Las garras del gato habían abierto de un tajo y en un instante, el estómago de uno de los perros y habían enredado los fétidos intestinos en la hierba.

La gran cabeza se hundió de golpe. Durante un segundo la niña respiró enterrada en su piel. Se asfixiaba, ahogada en la melena del animal. Los ojos del león se asomaron a los suyos, con la conciencia plana, animal, de su aroma y su presencia. Los enormes músculos se tensaron, se agruparon y la bestia saltó por encima de su cabeza. Para cuando por fin pudo girarse, ya había atravesado la maleza que rodeaba el borde del claro y se había esfumado.

La niña se quedó allí sentada unos momentos, oyendo con toda claridad el ruido de su partida que poco a poco iba disminuyendo.

El tintineo del metal despertó su atención.

Estaba sentada, con las piernas muy separadas, sobre las rocas y la hiedra manchadas de nieve. Tenía la cabeza al mismo nivel que las polainas articuladas o la armadura de las rodillas del arnés del capitán, ahora que se había colocado a su lado. La chapa plateada de la vaina de su espada relucía cerca de sus ojos.

—No habla —se quejó la niña.

—El león nacido de una virgen es una bestia —dijo el escribano, la voz de tenor alta y monocorde en el claro abandonado—. Un animal, mi señor capitán, no lo entiendo. Todo el mundo sabe que esta niña no es virgen. Pero no le hizo ningún daño.

El capitán barbudo la miró fijamente desde su gran altura. Ash temía aquel ceño fruncido. El hombre habló pero no se dirigió a ella.

—Quizá fue una visión. La niña es nuestra pobre tierra, que espera el aliento del león para salvarse. Esta aridez del invierno, su rostro malogrado: todo uno. No puedo interpretarlo, me falta talento. Podría significar cualquier cosa.

El escribano de la compañía volvió a ponerse el sombrero de acero.

—Mis señores, lo que aquí hemos visto ha sido solo para nosotros. Conviene que nos retiremos para orar y buscar consejo.

—Sí. —El señor capitán se agachó, cogió el yelmo y luego limpió la nieve apelmazada del metal. El sol, a través de un claro inesperado entre las nubes de invierno, tiñó de llamas su cabello rojo, la barba y el duro caparazón de metal. Al volverse añadió:

—Que alguien traiga a la mocosa.

III



AVERIGUÉ LO QUE podía hacer con aquella belleza infantil acentuada por las cicatrices.

A los nueve años tenía una masa de rizos que se dejaba crecer casi hasta la cintura y que se lavaba una vez al mes. Su cabello plateado tenía el lustre grisáceo de la grasa. En un campamento de soldados nadie sería capaz de notar el olor. Jamás enseñaba las orejas. Aprendió a vestirse siempre con calzas y jubón recortados, con frecuencia con un justillo de adulto por encima. Había algo en aquellas ropas demasiado grandes que le hacían parecer incluso más pequeña.

Uno de los artilleros le daba siempre comida o monedas de cobre. La doblaba sobre una cureña, le soltaba los ojales de las calzas y la follaba por el culo.

—No tienes que tener tanto cuidado —se quejaba Ash—. No voy a tener un niño. No me han salido flores ni sangre, todavía.

—Tampoco te ha salido una polla —respondía el artillero—. Hasta que encuentre un chavalín guapo, tendrás que servir tú.

Una vez le dio una cinta de malla que le había sobrado. La niña mendigó un poco de hilo de uno de los sastres de la compañía y un trozo de cuero del curtidor y le cosió los eslabones de metal remachado. Le dio la forma de un gorjal o cuello de malla y se la ató para proteger la garganta. Lo usaba en cada escaramuza, en cada robo de ganado, en cada emboscada de bandidos donde aprendió su oficio, que era, como siempre había sabido, el oficio de la guerra.

Rezaba para que hubiera guerra de la misma forma que otras niñas de su edad, en los conventos, rezan para ser la novia elegida del Cristo Verde.

Guillaume Arnisout era artillero en la compañía de mercenarios. Jamás la tocó. La enseñó a escribir su nombre con el alfabeto griego: una barra vertical con cinco cortes horizontales («el mismo número de dedos que tienes») sobresaliendo por el lado derecho («¡la mano de la espada!»). No la enseñó a leer porque él no sabía. La enseñó a calcular. Ash pensó, todos los artilleros saben calcular hasta el mínimo grano de pólvora, pero eso fue antes de que entendiera a los artilleros.

Guillaume le mostró el fresno y la enseñó a fabricar arcos de caza con aquella madera («un palo más ancho de lo que necesitas para un arco de tejo»).

La llevó a visitar el matadero, después del asedio de Dinant, en agosto, antes de que la compañía saliera de nuevo del país.